

Arkane

Antonio Martín Morales



1

A traición

–Despierta.

Arkane abrió los ojos. Encima de su cara, el enorme rostro de su padre. Media faz le quedaba en sombra y la luz de la luna lamía la otra mitad del semblante duro de Helkión. Sus ojos emitían destellos como los de los lobos en la oscuridad.

–Ha llegado el momento, hijo –dijo su padre mientras prendía de varios chispazos uno de los candiles–. Vienen tiempos difíciles. Tiempos de hombres, no de muchachos.

Se sentó en el catre y vio a su padre agazaparse sobre los palos que emergían del suelo, para descender la escalera. Antes de bajar miró a su hijo mientras le hablaba con voz autoritaria.

–No te laves, no hay tiempo. Trae el hacha que te hice y los dichosos cuchillos que tanto te gustan. Ponte las botas buenas, el jubón de cuero, amarra fuerte las correas. ¡Date prisa!

Mientras emprendía la tarea de colocarse el jubón, escuchó los alaridos de su madre. De madrugada parecía que la inundase el mismo presentimiento amenazador que ahora golpeaba el pecho de Arkane. Ella insultaba a su marido, a los dioses, lo habitual. El chico se ajustó las correas en el costado y se colocó los cinturones que había hecho con mimo para alojar las cuchillas. Se hincó de rodillas y rezó a los Cinco. No por él, ni por su padre. Siempre rezaba por su madre. Aunque le insistían en que no rezara a Senitra, él no apartaba a ninguna deidad de sus plegarias, no fuera a ser que la diosa de la oscuridad se

ofendiera por ese desdén cotidiano, incluso por si lo pudiera tener más en cuenta que a los que no le rezaban.

Sacó de debajo de la cama una caja pesada, rudimentaria. Removió las herramientas y extrajo los filos, sus cuchillas, para colocarlas en los costados. Descolgó el hacha de la pared y miró por el ventanuco. Era noche cerrada. No podía ver el mar al fondo, pero debía de andar revuelto. Por la nariz le entraba la sal y presentía las espumas salvajes. Bajo la ventana divisó varias antorchas en la plaza. El rumor de algunas conversaciones en voz queda se disipaba por las rachas de viento. Se lió una de las telas de su madre en el cuello y rodeó uno de sus brazos con los tejidos que ella misma hacía antes de padecer ese mal. Respiró profundamente el olor. Apretó los dientes. Cerró el nudo al cuello y remetió en el jubón uno de sus extremos para que el vuelo no lo estorbase al caminar. Se colocó el hacha a la espalda, en el carcaj, y descendió la escalera poniendo cuidado en no saltarse ningún peldaño. Abajo, su padre daba instrucciones a la joven Alena.

—Por la mañana le lavas sus partes, ¿me entiendes? Le cambias las gasas, todas las gasas, así te arañe o te pegue.

—Sí, señor, ¡que los dioses os protejan! Cuidaré de ella como si fuese mi propia madre.

Arkane tenía un nudo en la garganta. Saludó con los ojos a Alena. Ella clavó los suyos en el suelo y, después, lo miró sonriente durante un instante. El padre de Arkane iba de aquí para allá haciendo preparativos; llenaba un macuto grande. Alena era como una hermana mayor para Arkane. Huérfana de madre, la joven siempre aceptaba echar una mano a Helkión para ciertas tareas. Era niña aún, pero ya tenía en sus actos la perfección de una mujer hacendosa. Más allá de que cocinaba bien o podía limpiar bajo pesados muebles, Alena hechizaba a

Arkane con su arte, una capacidad que solamente poseía ella en toda la aldea.

—¿Terminaste el dibujo del ciervo? —preguntó Arkane, como si estuviese deseoso de quitar tensión a aquella madrugada fatídica.

—No, se me terminaron algunos colores. Tengo que hacer más.

Si había un don que Arkane estaba seguro de que estaba inspirado directamente por los dioses, era el que poseía Alena. La joven tenía maravillados a sus vecinos por sus dibujos. Desde pequeña, siempre había demostrado una capacidad insólita de representar la realidad en pieles y otras superficies, ayudada por utensilios rudimentarios y tintes que ella misma ideaba. Arkane solía ayudarla a recolectar lo necesario para lograr tintes nuevos. Le buscaba flores raras, incluso corales en los fondos cercanos a la aldea. Verla dibujar era para Arkane la contemplación de un misterio.

—Agarra el bulto y andando.

Arkane no discutió. Le pesaba bastante y trató de acomodarlo en la cadera mientras calculaba cómo colgárselo a la espalda. El jubón estaba modificado para poder enganchar el hacha con bastante solvencia, así que decidió trabar las asas al hacha.

—Que los dioses te protejan, Arkane, hijo de Helkión —murmuró Alena.

Arkane asintió y la besó en la mejilla. Ella le sacudió el pelo un instante, como travesura. El muchacho salió tras los pasos de su padre y se sintió intimidado al toparse con toda una comitiva de hombres de la aldea. Escuchó un comentario que lo hizo sonrojar.

—Helkión, precisamente ahora no creo que sea recomendable que traigas al chaval —dijo Roble, el viejo que mejor trabajaba la madera en el pueblo. Llevaba las muñequeras de cuero de siempre y, bajo una capa de viaje, se adivinaban ar-

mas y una protección metálica en forma de medallón, sobre el pecho—. En serio, Helkión. Nos retrasará, supondrá una carga añadida.

Siempre se explicaba con los mismos ademanes, abriendo despacio las manazas y, después, realizando gestos circulares con ellas.

—Rob, nadie te ha pedido tu maldita opinión.

Había al menos veinte aldeanos allí juntos, a los que pronto se les unieron otros veinte, que aguardaban en una segunda plazoleta, a la que se llegaba subiendo por la calle principal de la aldea. De la edad de Arkane, solamente divisó a Tineo. Todos los demás eran adultos, los más fuertes del poblado. El padre de Arkane encabezaba el grupo y a duras penas su hijo podía seguir el paso de la comitiva mientras ascendían por la vereda. Diletán, el tendero, ya andaba barriendo el porche de su tienda. Los miró indiferente. No saludó. Diletán jamás saludaba a nadie. Barría con una escoba rudimentaria, que arañaba las losas de su porche como si rascase el caparazón de una tortuga. Siempre se sentía orgulloso de ese suelo; él mismo había elegido las piedras. Había luz en el puesto del herrero. Jalibo salió presto a unirse a Helkión con una alforja pesada a la espalda. Su mujer lo despidió desde la puerta. Era la primera vez que Arkane veía la melena de la mujer del herrero totalmente suelta. Apartó los ojos, como si estuviera desnuda.

—Traeremos de vuelta a Jalibo —bromearon.

Dejaron atrás las chozas comunes y las edificaciones centrales del saladero, el corazón del pueblo. Después ascendieron por la cuesta principal hacia las arboledas. Tras esa subida, sus jadeos lo preocuparon mientras echaba la vista atrás. Las antorchas de la aldea, ahora lejanas, mostraban una bonita estampa nocturna de su hogar. Lamentó que no hubiera luz como para

divisar la playa. Era la primera vez que en una noche cerrada Arkane salía al camino de plata. Ahora pudo comprender por qué lo llamaban así. Pese a que la noche era nubosa, el empedrado brillaba tenue, hasta que dejó de tener adoquines y se tornó de tierra, junto a los pesebres que marcaban el inicio del sendero que hilvanaba toda la aldea.

Arkane no tenía ni idea de a dónde se dirigían, ni de los propósitos del grupo. Solamente sabía que su padre era bien conocido por dos cosas: su valor y su poca paciencia. No estaba dispuesto a preguntarle. Pegó la oreja a cualquier atisbo de conversación mientras caminaban, pero nadie refería otra cosa que el fresco de la mañana inminente y lo bueno que era tener botas bien curtidas. Ascendieron un altozano boscoso, mientras perseguían el camino hacia el borde del cerro. Desde allí su aldea era ya un borrón en el paisaje del sur y, al mirar al este siguiendo la costa, lejos, muy lejos, podían atisbarse brillos, las almenaras de las murallas de Mesolia y las grandes pasarelas de los Puertos Azules.

—Helkión, ¿cuál es el plan? —preguntó Zolato, pescador famoso en toda la región. Un tipo pelirrojo, alto y de manos gigantescas.

—Todos sabemos a quién se rinde pleitesía —respondió Helkión enigmático.

Sin decir ni media palabra más, su padre prosiguió su marcha. Apenas se le veía alterado por el ritmo que mantenían. Arkane estaba nervioso, pero tuvo el consuelo de ver que no era quien más inquietud albergaba. Tineo andaba sumido en un miedo palpable. Se colocó a su lado.

—Esta vez va en serio. Padre se despidió de madre como si no fuese a regresar. Esto no es un parlamento, no vamos a negociar impuestos ni a enseñarle los dientes a nadie. Esto no

es para cobrar una deuda. Esto va en serio, Arkane; que los dioses nos protejan.

–Tineo, ellos saben lo que hacen.

–Vamos a atacar a soldados del rey.

Arkane no pudo evitar detener sus pasos y abrir mucho los ojos. Nadie lo iba a esperar, así que apretó el paso persiguiendo a Tineo.

–¿Qué demonios sabrás tú?

–Te digo que sí. Que hay mucho revuelo. El joven rey está cambiando la política y el señor de Mesolia está haciendo levas. Las cosas están mal.

–¿Qué sabrás tú?

–Yo escucho. Mi padre es el jefe de la maldita cofradía, ¿no? Las reuniones son abajo, en mi salón. Tu padre intentó frenar las cosas, pero no podemos ir contra los de La Marca o será peor. Todos unidos o muertos.

–Ya conozco el maldito lema.

De todo lo que soltaba por la boca Tineo, aquello último le parecía razonable. Razonable y preocupante. De repente, Arkane sentía el peso del miedo en los pulmones. Antes eran punzadas de inquietud. Ahora tenía miedo, miedo a morir, miedo a enfrentarse a los soldados, a que su padre lo llevase a un matadero por cumplir las exigencias de los señores de La Marca. Los malditos recaudadores de impuestos que los traían siempre de cabeza eran hombres del rey, pero no eran violentos la mayor parte de las veces. Todos en la aldea recordaban cuando su padre le dio una paliza a uno de los hombres del jubón negro. Los brazos de Helkión eran conocidos en toda la costa, porque en las fiestas populares siempre ganaba torneos de fuerza. Ese día, con una piedra en las manos, aplastó la cabeza del recaudador. No lo mató, pero lo devolvió a casa con

un mensaje claro de que no se debía subir los impuestos en las aldeas de los pescadores. Después los subieron, y su padre no pudo hacer gran cosa por impedirlo. Estar esa noche ahí podía tener sentido si deseaban dar otra reprimenda a los alguaciles para que fuesen con el cuento a sus mandos, pero Arkane, en su corta experiencia, no comprendía la situación.

–Este es el cruce del cuervo. ¿No era aquí? Arkane, ven –lo llamó Helkión.

Él apretó el paso y sorteó a los voluminosos compañeros de vanguardia del grupo hasta llegar a su padre. Se detuvieron. Arkane, al tratar de bajar el macuto, terminó sentado. El hacha, en su parte roma, le dio un coscorrón. No hubo risas ni broma alguna.

–Escúchame con atención –prosiguió Helkión.

Su padre esgrimía violencia con la voz cuando decía cosas así. Mientras abría la bolsa de cuero, Arkane grabó las palabras en su mente.

–Ahora se nos unirán otros tipos. No hables, no mires a la cara a ninguno de esos hombres, ¿lo entiendes? ¿Lo entiendes!

–Sí, padre. No los miro.

–Lleva las pertenencias de todos a esa arboleda; las atas con la cuerda y las tapas con helechos. Usa el hacha y la cabeza para acordarte de dónde están las cosas de todo el mundo.

Su padre le daba bofetadas cariñosas. Era como si la cara estallase de una forma amortiguada. Activaban la mente. Después de recibir una de esas, se levantó y miró a su alrededor. Todos los de la aldea se pertrechaban de alguna manera. Se ataban correas, aseguraban muñequeras, petos, coderas, cuchillos, fardos con pellejos de agua, alguna espada corta, un arsenal manufacturado en la aldea, basto pero efectivo. Su padre sacó de las alforjas un puño de metal con pinchos y una bola de

hierro también provista de puntas. Su cuchillo de despiece de pescados grandes ya lo llevaba en el cinto. Arkane fue tomando lo que sus compañeros querían dejar a buen recaudo entre los árboles. La hierba del claro, donde se juntaban tres caminos, todavía era gris, aunque el día amenazaba ya con dar color a todos los seres vivos. Le hubiera gustado recibir ayuda, pero no la pidió. Mientras se dedicaba a cortar ramas bajas de unos pinos con el hacha, escuchó el trote embrutecido de un grupo recién llegado. Los divisó desde la arboleda mientras el grupo de su aldea se agrupaba con cierta desconfianza. Había tres corceles y muchos hombres a pie uniformados, y otro gran grupo de hombres sin uniforme que se colocaron junto a sus vecinos. Saludaron, hubo abrazos. Esos hombres sin uniforme, sin cotas de malla, eran aldeanos de otros lugares, de pueblos como el suyo. Uno de los jinetes se acercó y habló sin temor a ser escuchado; vociferaba impregnando su tono de cierto desdoro.

—¡Perros de las playas de La Marca, holgazanes!

Nadie osó replicarle al tipo. Al contrario, hasta el viento parecía escucharlo. Se detuvieron hasta los parpadeos.

—Sois gentes de Mesolia, vuestra vida pertenece a vuestro señor, y ese no es otro que el lord regente que gobierna los Puertos Azules.

Arkane salió de la arboleda despacio. Sin llamar la atención, se acercó al grupo por detrás y se obligó a no mirar a los ojos al bravucón que los estaba insultando.

—Soy Orialdo Reyalkéser, hijo de Krenu el Implacable, Mano de Hierro en Mesolia, asesino de piratas y protector de los Puertos Azules. Tendréis el privilegio de morir a mi lado hoy sirviendo la causa justa de mi señor. El que no quiera servir la causa que se largue ahora de aquí.

Arkane no comprendió por qué, ante esa invitación, su padre y los suyos no daban media vuelta y lo dejaban allí con la palabra en la boca. Poco a poco, iba levantando más la cabeza; le dolía el cuello y parecía bobo mirando la hierba oscura. Los hombres de Orialdo vestían todos el mismo uniforme. Le gustaba: cota de malla y espada al cinto, botas negras hasta la espinilla y yelmo de hierro. Orialdo no. Él llevaba armadura decorada con un símbolo de Mesolia en un paño negro que ocultaba su peto. No se dijo nada más. Los jinetes emprendieron una ruta que los de a pie seguían a paso demencialmente rápido. No para Arkane, que, al quitarse el peso que su padre le había impuesto desde que salieran de la aldea, era perfectamente capaz de apretar el paso. El terreno también ayudaba, era llano.

Cuando el sol hubo salido ya en la lejanía, los jinetes dieron un alto y bajaron de los corceles. El padre de Arkane y el de Tineo, Gerul, fueron a parlamentar con ellos. Desde donde estaban se podía divisar una planicie y una fortificación baja, de piedra blanca y maderos, que arropaba una vieja torre. Varias columnas de humo salían del fuerte. Desde la lejanía, el brillo de los yelmos de los centinelas saludaba al sol.

—Hijo —le dijo su padre—, Jalibo y Roble van a colocar escaleras. Saltaremos dentro. Tú debes sujetar la escalera que te toque y, cuando se abran las puertas, entrar con los demás. Trata de ir de los últimos, ¿me has oído? De los últimos.

—¡Padre, espera!

Iba a decirle algo a Helkión. No sabía qué en concreto, pero necesitaba mirarlo a los ojos antes de que fuese a cumplir su parte del plan temerario al que aquellos idiotas los estaban empujando.

—No tengas miedo, chaval. ¡Los dioses cuidan a los pescadores!

Lo vio partir corriendo entre la cebada de aquellos campos, agachado pero con brío. Se pegó a Zolato. Portaba una de aquellas escaleras pesadas que los tipos de Orialdo habían acarreado hasta allí con dos mulas. Hasta las mulas se quedaron en retaguardia. Pronto se dio cuenta de que Orialdo y los suyos no avanzaban con ellos. Hasta que no se abrieran las puertas, no entrarían en acción. Jalibo prendió fuego a la cebada en la parte oeste y, rápidamente, los de la fortaleza acudieron a divisar el incendio. Helkión y diez de sus hombres colocaron la primera escalera en el ala opuesta y, sin mucho disimulo, comenzaron la invasión de la muralla de madera. Zolato entregó la escalera a Jalibo. Este la plantó a unos veinte pasos de la otra y por ella subió otra parte del contingente de la aldea. Otras escaleras de otros aldeanos acompañaron a las suyas. Todos subían animándose unos a otros. Arkane no. Hizo caso a su padre. Esperó en la escalera. Escuchaba gritos, golpes, maldiciones, sin ver nada. Un tipo se despeñó de repente justo al lado de donde él estaba. La caída fue mala, pero no había mucha altura; no murió. Se miraron un instante. Arkane se fue de allí bordeando la muralla, haciendo caso omiso a las demandas de ayuda del centinela caído. Se apostó junto a la puerta principal. La espera fue tensa. Pensó que no se abriría jamás. Temió que su padre y los demás hubieran sido superados por los soldados del interior de la fortaleza y que, por eso, la maldita puerta no se abría. Escuchó un chasquido y vio cómo el contingente del noble se acercaba ya, presto a entrar en combate. La puerta se abrió por fin, lentamente, con ruidos de engranajes mal engrasados. Desobedeció a su padre. Entró el primero.

Nada más cruzar la puerta, varias flechas silbaron en su oído. Pisó un charco y sorteó sacos esparcidos por el suelo. Se echó bajo un techado de maderos que protegía unos barriles. Sabía que las flechas venían de la torre. Ahí, junto a los barriles, estaba resguardado de ellas. Se percató entonces de que el charco era de sangre y que los sacos eran cadáveres. El miedo lo hizo no mirar al principio y, después, comprobar que no era su padre ninguno de aquellos desgraciados. Eran hombres de la fortaleza. Sacó uno de sus cuchillos. Apretó los dientes. Se asomó al patio y vio venir corriendo hacia la puerta a dos hombres armados. Se escondió de nuevo entre los toneles, incapaz de lanzar nada. De repente, sintió ridículas sus armas. Había practicado días enteros pensando que esos cuchillos podrían ser sutiles y mortales, y lo eran para atacar con certeza a sus enemigos imaginarios. Ahora le parecían inútiles. Asíó el hacha que le había regalado su padre. Era ligera para ser un hacha. Le daba seguridad, pero no estaba dispuesto a salir de allí. No sin que su corazón detuviera un poco su ritmo.

—¿Qué haces tú aquí!

Arkane recibió un puñetazo de un guante de hierro en la frente. El tipo lo agarró de las correas para sacarlo de su escondite. Se le cayó el hacha de las manos. De repente, el soldado, que apestaba a sudor y cerveza, dejó caer su cuerpo hacia delante y lo sepultó. Arkane bregó con las piernas para apartarlo; pensó que el desgraciado estaría preparándole una cuchillada, pero nada sucedió. Estaba muerto. Helkión lo había matado. Debía de haber sido él, aunque ahora combatía con otro soldado. Su padre tenía un hombro atravesado por una flecha. Ver esa herida alertó el corazón de Arkane que, automáticamente, se abalanzó sobre el centinela y, con una de sus cuchillas de dos puntas, le rajó los tendones de detrás de las rodillas; primero de

una y, después, de la otra. El tipo gritó y desatendió la lucha. Su padre se lo quitó de encima con facilidad de un golpazo con su guante terrible. Arkane temblaba, pero estaba eufórico.

—¡Corre a los toneles! —gritó Helkión.

Arkane permaneció escondido mientras los gritos de la refriega le llegaban como aristas incrustadas en el viento que se paseaba por el corredor delante del escondite. Se imaginaba espadas atravesando los cuerpos, hachas estrellándose contra yelmos, dagas rajando la piel de los gznates. El olor a barro y a una especie de miel rancia era, sin lugar a dudas, el propio olor de la muerte. Respiraba hondo y rezaba a los dioses por la vida de su padre. Al cabo de un rato, escuchó un grito que venía desde arriba.

—¡Hemos tomado la fortaleza!

Se animó a salir de su escondite con el hacha bien sujeta entre las manos. Rodeó la torre hasta encontrar una portezuela. En sus inmediaciones, había tres cadáveres que parecían haber sido vomitados por ella. Evitó mirar sus rostros. Tuvo que saltar uno de ellos para poder introducirse por la estrecha abertura. Aunque la torre se veía de buena factura, sus dimensiones eran pequeñas, y pronto dio con el comienzo de una escalera de peldaños altos, incómodos. Miró hacia arriba. Era una espiral sin fin que ascendía hasta el puesto de vigía. Había desistido de la idea de subir cuando escuchó pasos que venían desde arriba. No quería estorbar. Salió y se dirigió a la entrada del fortín. Más cadáveres y, por fin, gracias a los dioses, su padre, que debió de sentir el mismo alivio que él cuando sus miradas se cruzaron. No dijo nada.

En ese momento se oyeron los cascos de varios corceles. Entró en la fortaleza Orialdo con su escolta. Su padre levantó los brazos como para desentumecerse después de la batalla. Sonreía

Helkión, satisfecho por la demostración de fuerza de su gente. El caballo se dirigió hacia él. Helkión quedó inmóvil y, desde la perspectiva de Arkane, cayó hacia atrás como quien desea sentarse sobre el heno, sin cuidado, sin razón, por disfrutar de la caída desordenada. Las posaderas rebotaron y el cuerpo terminó postrándose de lado. Entonces la cabeza de su padre se giró en un escorzo extraño mientras una fuente de sangre salía de su cuello. Arkane abrió los ojos buscando una lógica que no encontraba, mientras veía cómo su padre buscaba con los ojos algo indeterminado. Acudió a él y se arrodilló, presto a escucharlo.

–Lleva a tu madre a las Montañas Cortadas. Corre, Arkane.
–Eso fue lo que balbuceó–. Las Montañas Cortadas. Corre.

–¡Padre!

Cuando Arkane levantó la mirada, los caballos embestían a los hombres de confianza de su padre. Orialdo bajaba hacia Jalibo su espada letal y lograba cortarle media cara y una de las orejas. Después, su caballo lo empujó y lo hizo caer. Orialdo trató de que su animal lo apisonara. En el rostro de este había una lividez asesina, las ganas de matar de un sádico. Los hombres de la aldea, exhaustos por el asedio, no tenían fuerzas para defenderse de un ataque a traición, tan sorpresivo. En tropel, entraron los soldados de a pie. Arkane regresó a su escondite entre los toneles sin apartar la vista del cuerpo de su padre. Fue acuchillado en numerosas ocasiones por los que pasaban por su lado como si comprobasen su muerte, hasta que lo destrozaron. Sintió una rabia atroz, pero estaba paralizado por el miedo. Entonces sucedió algo con lo que no contaba. Su padre se movió. Levantó su cuerpo, despedazado por la crueldad de aquellos traidores. Como una montaña de la que brota la lava, la sangre se despeñaba por los músculos de sus brazos, pero Helkión pudo gritar:

—¡Corre, corre, Arkane!

Salió de su escondite como si la voz de su padre cobrase vida dentro de él y dominara su capacidad de movimientos. Helkión lo divisó. Sus ojos abiertos poseían una determinación como jamás había visto el niño en su corta vida. Arkane corrió hacia la salida de la fortaleza. Giró la cabeza y vio cómo su padre se echaba encima de algunos soldados. El campo parecía manso, despejado de hombres. Arkane corría como un diablo.

—¡Corre!

Con lágrimas en los ojos, se sorprendió al percibir aquel nuevo grito proveniente de intramuros. Apretó sus zancadas. No corría solo; sentía la presencia del último aliento poderoso de su padre. Se dirigía a toda velocidad a la arboleda más cercana sin saber si era la dirección adecuada. No pensaba más que en los obstáculos que debían sortear sus pies. Cuando dejaba volar la mente hacia lo que acababa de suceder, maldecía a los dioses, a los nobles, a ese Orialdo sanguinario que había traicionado a su padre. No podía comprender lo sucedido. Mientras corría entre el frondoso pinar, perdió pie y resbaló por una pendiente pronunciada. Cayó sin importarle nada. Su padre era tan importante para él que no podía concebir su muerte ni en el pensamiento más atrevido. No podía ser verdad.

El misterioso capitán Diablo. Catorce años después

En aquel tiempo, Trento poseía un bigote prominente que no dejaba de atusarse: era su forma de aparentar más edad delante de las damas, los militares de más rango y frente a algún que otro deudor. Brazos recios, una espada segura y presteza para terminar cualquier bronca a puñetazos definían el carácter de un soldado joven que acababa de aceptar el traslado a un nuevo destacamento en las recién nacidas tropas profesionales regias. Trento llevaba años de pura indefinición tras la muerte de su padre. Su hermano Défor seguía pescando los mismos peces que su padre, los mismos que su abuelo y, casi con toda seguridad, los mismos que el abuelo de su abuelo. Trento había pescado con él hasta que se dio cuenta de que... era más de carne, más inclinado al interior de Vestigia, a buscar quehaceres menos rutinarios. Eso en Nurín le quitaba a uno ya bastantes posibilidades de prosperidad.

La vida de soldado había cambiado radicalmente desde el reciente ascenso al trono de Tendón, un rey decidido a desarrollar el cambio que su padre había iniciado con la promulgación de la ley que permitía adquirir rango militar elevado a soldados que no eran de cuna nobiliaria. La ley, enterrada por los burócratas de la corte, pagados por los aristócratas, había sido inútil desde su promulgación. Tendón era un joven ambicioso

y capaz, hartos de los problemas que siempre venían del poder nobiliario. Deseoso de una unificación del reino, imposible sin un ejército libre de prebendas y pleitesías territoriales, había hecho de esa ley uno de sus objetivos prioritarios.

Trento pensó que unirse a las tropas de los espaderos de Nurín podría otorgarle la posibilidad de conocer los rincones de Vestigia, un jornal aceptable y prosperidad. De pequeño, siempre había envidiado a los marineros que se dedicaban al transporte. Solía decirle a su padre que él quería enrolarse en un barco para ir en busca de aventuras. Pescar siempre le había parecido peligroso y aburrido. Al menos de la manera en que lo hacía su familia.

Ser espadero en Nurín le había costado la enemistad de sus familiares y amigos, que le advirtieron de la mala decisión que estaba adoptando. Él no pensaba igual, ni siquiera cuando lo colocaron como vigilante en las dársenas de pescadores del pueblo ni cuando tenía que hacer imaginaria sobre el dique viejo y angosto que partía desde el faro; con la única misión de no morir de aburrimiento, él había prestado su servicio pensando que estaba embarcado ya en algo más grande que él mismo. En cuanto pudo, pidió traslado a los destacamentos de Batora; allí, con muy poco dinero en su haber y lo puesto, se instaló entre inmensas llanuras amarillas de pasto seco, el sonido casi perpetuo de las chicharras y ocasionales tormentas que convertían Batora en una ciudad de fango. Su hermano Défor le envió ayuda económica después de entender que Trento iba en serio con lo de la vida militar, que no era una aventura pasajera. Era optimista, siempre lo había sido desde que tomó las riendas de su vida. Una casualidad, a la hora de recoger sus credenciales como militar, cambiaría para siempre su destino.

Arrimado a la mesa de al lado, mientras el operario de la notaría estaba buscando los documentos, Trento observó a un muchacho ávido por trasladarse de pelotón. Tenía ojeras, daba la sensación de ser una persona enferma.

–Estoy harto de entrenamientos absurdos, de palizas y de viajar por caminos peligrosos –comentaba el joven a un compañero.

–¿Cómo se llama la división esa de la que vienes? ¿A quién sirves? –preguntó Trento, incapaz de callarse cuando el corazón le latía así, fuerte, presa de una intuición.

–La Tercera División de Espaderos de Venteria, la guarnición que reside en Batora a las órdenes de un diablo convertido en hombre, Rosellón Corvian.

Trento consultó si había vacantes en ese destacamento y quedó encantado al comprobar que tenía pruebas de acceso, más paga y mejor uniforme que el suyo. No obviaba el hecho de que toda persona a quien mencionaba el nombre del capitán abría los ojos y suspiraba. Trento frecuentaba tabernas, adoraba el ambiente de cantina y averiguar desde allí las verdades que todo el mundo escondía fuera. En una de esas visitas, entre cervezas, le hablaron del grupo de Corvian.

–Los Lobos del Diablo llaman a esos que van a su lado.

–¿Por qué lo llaman Diablo?

–Creo que tiene un pasado sangriento, rumores sobre la muerte interesada de algún familiar, crueldades, un monstruo.

–No es por eso. Lo conocen así porque dicen que es muy listo, como uno de esos diablos charlatanes que te convencen en el inframundo para que abras las puertas en las que no debes entrar –polemizó un gordinflón que estaba escuchando las explicaciones sobre Rosellón.

–Listo como un diablo.

–Sí.

—Te digo que no, que es por su crueldad y por su pasado.

Encajó bien en aquel grupo; se diría que estaba pensado para tipos como él. Después de hacer las pruebas, Trento logró entrar en los espaderos del capitán Rosellón Corvian. Comprendió rápidamente que era un destacamento joven en el que no existían tradiciones ni ceremonias al uso de las órdenes militares clásicas que conocía. Rosellón, además, aparecía poco por el campamento, o al menos no era muy visible. Sus maestros se encargaban de organizarlo todo.

Trento prefirió mantener su cuarto en la posada, así que al anoecer regresaba con algunos de sus nuevos colegas al centro de Batora para dar un repaso a su garganta antes de dormir. Mucho ejercicio físico, alguna vigilancia nocturna más pesada de la cuenta, misiones de sigilo simulado en diferentes puntos de Batora. No caían en rutinas tediosas; había un componente creativo, ambicioso, en aquella división. Pese a que no tuviera prestigio y a que muchos otros compañeros espaderos del ejército ni siquiera la conocieran, se podía percibir que ese puñado de hombres estaban siendo preparados para algo más que para ser simples soldados.

Apenas había tenido relación con Rosellón Corvian, hasta aquella noche. El mismísimo capitán lo había mandado llamar y lo había citado en una taberna, como si fueran amigos. Trento se puso sus mejores galas; hasta pidió a una de las criadas de la posada donde se hospedaba que le cortase el pelo y, de paso, que le igualara el bigote. Usó uno de esos perfumes que se habían puesto de moda entre algunos hombres de posición. Tenía aspecto de caballero, no de soldado raso, y eso deseaba también que lo comprendiese el capitán.

—¿Cómo se llama la moza? —preguntó, divertida, la posadera cuando lo vio ajustarse la capa a punto de salir ya para su cita.

–Demonio de mujer. ¿Celosa?

Las risas de la posadera aún se escuchaban desde fuera del local, calle abajo. Las botas le proporcionaban un placer extraño. Eran incómodas, nuevas, y eso era placentero. Trento sonreía cuando le apretaban los dedos al caminar cuesta abajo. Al llegar a la taberna, se llevó la primera sorpresa: el capitán estaba solo, no había quedado con ningún otro.

A la segunda jarra de cerveza fría, ya había puesto al tanto al capitán de sus orígenes humildes en Nurín, de cómo había estado a punto de casarse con una joven –Lavinda tenía por nombre–, de las ganas que tenía de seguir ascendiendo en la vida castrense. Al joven Trento le molestaba el silencio. Un tipo como Rosellón, pausado, buen conversador, lograba más información de la cuenta. Trento estaba nervioso, tenía el estúpido sueño de prosperar y aquel tono de confianza le era propicio. El capitán no tardó en contarle el motivo por el que lo había convocado.

–Estamos formando un grupo, Trento. Algo especial. Esto viene de muy arriba. Necesitamos hombres valientes, hábiles y sin miramientos. El joven rey convocó a uno de sus generales a una reunión y le hizo un encargo especial, y este general nos ha elegido a nosotros para llevarlo a cabo.

Trento dio un trago largo a la jarra de cerveza mientras notaba cómo la conversación bajaba de volumen. En la esquina de la taberna no había muchos clientes; ellos permanecían en una mesa formada por dos toneles viejos y hasta el tipo que atendía en la barra parecía esquivarles la mirada, como si en aquel lugar todo el mundo supiera que estaban conspirando.

–Las tensiones en el reino están disparándose. Hay flechas invisibles, conspiraciones, Trento. El rey tiene que tomar la iniciativa o no podrá conservar el puesto. Es un idealista, Tendón, como nosotros.

—No creo que sea como nosotros, capitán. Seguro que duerme hoy entre mejores plumas.

—Eso seguro. Trento, escúchame. Eres soldado, ¿cierto? ¿No quieres ser caballero, ascender a maestre? ¿Maestre de grupo de primera?

Ahora sí que Trento cambió el semblante y se puso muy serio. Maestre implicaba un salto por encima de caballero. Maestre de grupo de primera categoría era un salto aún mayor, un sueño que Trento siempre había acariciado.

—Tendrás que viajar a Mesolia. El plan no será sencillo y requerirá de tus habilidades. Trento, yo observo a las personas, en muchas ocasiones sin que ellas se den cuenta. Siempre estás en las conversaciones, siempre inventas chistes, hombres a los que ni conoces te invitan a beber, siempre estás en los corrillos donde se apuesta, donde se bebe, donde se traban lazos. Tienes las habilidades sociales que necesitamos y tienes relación con el oficio del mar. Posees los requisitos para hacer este trabajo: la motivación y la sangre fría cuando haya que tenerla. Necesito saber si puedo contar contigo.

Trento se preguntó cuándo demonios Rosellón lo había espiado, porque no era consciente de haberlo visto hacer ninguna de aquellas cosas, aunque todas eran ciertas.

—Sí, mi capitán. No nos conocemos mucho aún. Agradezco la confianza que depositáis en mí. Os aseguro que soy bueno cumpliendo órdenes.

—Mesolia siempre duele en Venteria. Todos sabemos que Mesolia es independiente políticamente de la capital.

—No es la única...

—¡Bah, Gosiold ya rindió pleitesía! Escucha, Trento, son tiempos convulsos, tiempos en los que nuestro rey no deja de gastar dinero en el aprovisionamiento de tropas. La Marca y los

Puertos Azules son el objetivo de nuestro rey desde que llegó al trono. La unificación de Vestigia. La unificación real, y no de mera apariencia, de todo el reino es la ambición del rey. Todas sus decisiones van encaminadas a controlar los Puertos Azules, vigilar el comercio y las alianzas con otras naciones, ¿entiendes? Esos nobles testarudos del sur deben comprender que Tendón es el rey y deben hincar la rodilla.

Rosellón Corvian hablaba con el tono apasionado de quien ya ha bebido cuatro jarras de cerveza y, sin embargo, iba por la primera. Trento escuchaba estrategias políticas, situaciones escandalosas sobre nobles insurrectos y se sentía especial. El capitán lograba que se sintiera así, un privilegiado al que le estaban suministrando la información más novedosa y determinante que se tenía sobre el pulso de la nación. No rumores sobre lo que se decía en Venteria. Trento estaba sentado en una taberna con el capitán mejor informado de Batora. Era como estar sentado en un rincón de la mesa donde el rey departía con sus consejeros y con sus generales. Así lo hacía sentirse Rosellón.

Cuando regresó a su hostel, Trento no iba borracho por el alcohol, iba borracho por la inmensa cantidad de motivación que le había provocado aquella charla con el capitán. ¿Por qué demonios lo apodaban Diablo? No lo imaginaba asesinando familiares. Rosellón era un hombre campechano; le había parecido que asomaba en sus ojos un principio de amistad. Trento abrió las contraventanas de su dormitorio y se puso a fumar mientras observaba las estrellas. De repente, trató de recordar el contenido de la misión, aquello con lo que el capitán le había comenzado a dar información secreta. Nada. Rosellón Corvian había expuesto toda la situación política, las tensiones entre las diferentes facciones del ejército y la cuestión territorial con el

sur, le había dicho que iban a encomendarle una tarea y, sin embargo, no había dicho una sola palabra sobre qué demonios tendría que hacer él allí.

A la mañana siguiente, cuando fue a realizar maniobras rutinarias en las llanuras junto a los demás, el capitán se lo llevó aparte después del entreno y, con una sonrisa cómplice, le preguntó:

–Trento, ¿puedo contar contigo?

Se vio a sí mismo en aquella taberna otra vez, en confianza con ese todopoderoso capitán al que muchos soldados ni podían sostener la mirada.

–Claro, estoy dentro.

Trento aceptó la misión sin tener ni la más remota idea de en qué consistía.